Qué será de nosotros, los malos alumnos



Álvaro Marchesi

alianzaensayo

QUÉ SERÁ DE NOSOTROS, LOS MALOS ALUMNOS

Álvaro Marchesi

QUÉ SERÁ DE NOSOTROS, LOS MALOS ALUMNOS

Alianza Editorial

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Primera edición electrónica, 2014
www.alianzaeditorial.es

© Álvaro Marchesi Ullastres, 2004
© Alianza Editorial, S. A. Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
ISBN: 978-84-206-8495-6
Edición en versión digital 2014

A Gema, compañera durante toda la vida,
y a nuestros hijos, Gema y Fernando.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 13

1. UN PROBLEMA VITAL 17
   Las transformaciones sociales 17
   Las tensiones de la educación 23
   Comprender a los «malos» alumnos 27
   ¿Quiénes son los responsables? 37

2. PERFIL SOCIAL DE LOS MALOS ALUMNOS 41
   Las condiciones sociales 42
   La representación del fracaso escolar por los alumnos 51
   Las creencias de los alumnos con problemas escolares 58

3. ALUMNOS CON DIFICULTADES EN EL APRENDIZAJE 63
   Cómo aprenden los alumnos que lo hacen sin especial dificultad 64
   Dos modelos para interpretar las dificultades de aprendizaje escolar ... 75
   Los problemas de atención de los alumnos 78
   Los problemas de lectura 87
   Las dificultades de aprendizaje y autoestima 96

4. ALUMNOS DESMOTIVADOS 99
Un problema de difícil solución 99
Las metas de los alumnos 101
Las barreras del alumno 103
Qué pueden hacer la escuela y los profesores para motivar a los alumnos 109
La acción de la familia 122

5. ALUMNOS CON PROBLEMAS EMOCIONALES Y DE CONDUCTA. 125
Sociedad violenta o alumnos conflictivos 125
La interpretación de los problemas emocionales y de conducta 127
El desarrollo socioemocional de los alumnos con problemas emocionales y de conducta 135
Los alumnos maltratadores y sus víctimas 139
La alfabetización emocional 143
Estrategias psicológicas y educativas 146
La intervención de la familia 162

6. EL BIENESTAR DE LOS PROFESORES 165
La profesión docente en el siglo XXI 165
La voz de los profesores 171
El poder y el afecto en los profesores 176
La cultura escolar 181
El desarrollo profesional y el sentido de la actividad docente 188
El bienestar de los docentes 191

7. LA FAMILIA, ENTRE EL AGOBIO Y LA DESPREOCUPACIÓN 197
La familia española en el siglo XXI 197
Un modelo sobre la influencia de la familia en la educación de los hijos 200
Tipologías de las familias 204
¿Qué pueden hacer los padres cuyos hijos tienen problemas escolares? 207
La responsabilidad de la escuela con las familias 220

8. MEJORAR LA EDUCACIÓN Y AYUDAR A LOS ALUMNOS CON PROBLEMAS ESCOLARES 223
El previsible fracaso de las reformas educativas 225
El sentido de la educación 226
El valor del acuerdo para facilitar el cambio 228
La negociación y el compromiso con cada escuela 229
Primero, la Primaria 232
Nuevas formas de enseñanza 233

La respuesta organizativa a la diversidad del alumnado 234
El esfuerzo compartido para la escolarización de alumnos con necesidades educativas especiales 243
La cultura de la participación y de la colaboración 251
El desarrollo profesional de los docentes y su bienestar personal 256
Una última propuesta 258

ÍNDICE ANALÍTICO 259

INTRODUCCIÓN

Durante mucho años he estado preocupado por los alumnos que tenían dificultades para integrarse en la escuela. En el inicio fueron los alumnos sordos y sus problemas de comunicación los que atrajeron mi atención y mi apoyo. Después colaboré en buscar respuestas educativas para el colectivo de los alumnos con necesidades educativas especiales. Más tarde trabajé en la extensión de la educación obligatoria y percibí los desajustes entre un grupo de alumnos con pocas ganas de estudiar, o con importantes retrasos en su aprendizaje, y los esfuerzos que debían realizar los centros y los profesores para conseguir que terminaran su educación básica. Finalmente, y ya en los últimos años, orienté mi reflexión hacia el fracaso escolar y las causas del mismo. En este último periodo tuve la enorme suerte de tener una parte de mi vida en Brasil y de colaborar en varios proyectos educativos en aquel país que me abrieron otras perspectivas, especialmente las referidas a la influencia del contexto social y familiar, y a la importancia de cuidar la autoestima y el bienestar emocional de los alumnos, algo que los profesores brasileños llevan dentro.

La preocupación por el fracaso escolar me condujo, en colaboración con otros colegas e instituciones, a realizar varias encuestas a profesores, padres y alumnos sobre su significado, sus causas, sus vivencias y sus soluciones. A partir de ahí consideré necesario aproximarme de forma directa a aquellos alumnos con problemas de aprendizaje. Quería conocer qué pensaban, qué sentían, cuál era su historia personal, familiar y escolar, en qué momento se produjo el desenganche del esfuerzo por aprender. Al mismo tiempo, quise escuchar también cómo percibían esta situación sus profesores, cómo reaccionaban, qué desencuentros se habían producido entre unos y otros y qué caminos había, si los había, para haber podido evitar esta situación o para reconducirla.

Desde estas experiencias empecé a dar forma a este libro. Con su título pretendo enviar un mensaje de inseguridad hacia el futuro de estos alumnos, «qué será», y, por tanto, de urgencia en la prevención, de proximidad hacia este amplio colectivo de personas, «nosotros», y de claridad en su descripción: «los malos alumnos». La elección de este término fue reconvenida por algunos amigos que me hicieron notar que era políticamente incorrecto. Habla, me decían, de alumnos con problemas de aprendizaje, con necesidades educativas especiales, con inadaptación en la escuela... Como se puede ver, no les he hecho caso, aun valorando sus opiniones y mis riesgos, y he preferido este título más directo y fácil de comprender.

He intentado ofrecer una visión amplia y plural de la situación de estos alumnos y de las propuestas que podrían ayudarlos. Para conseguirlo, he recogido las experiencias de algunos de ellos, a los que en su centro consideraban «malos». Las obtuve yo mismo a través de entrevistas personales o me las proporcionaron los alumnos que cursaron el doctorado conmigo el curso 2003-2004. Al mismo tiempo, pregunté a docentes sobre cómo vivían la enseñanza de los alumnos problemáticos. También recogí historias de personas adultas que tuvieron un proceso de enseñanza y de aprendizaje complicado. Son narraciones vitales, cuyos protagonistas han tenido la valentía de hacerlas públicas para que puedan servir de ayuda a las nuevas generaciones de estudiantes. Finalmente, solicité a amigos compañeros que escribieran sus reflexiones e iniciativas sobre este tema. Todos ellos aceptaron de buen grado y las escribieron de forma generosa para su

inclusión en el libro. La mayoría de ellos son profesores en alguna etapa educativa. Una es psicóloga clínica y otra, periodista. A todos, alumnos, profesores, compañeros y amigos, muchas gracias.

El objetivo del libro es ayudar a la reflexión intelectual y afectiva sobre este colectivo de alumnos y proponer iniciativas que les ayuden a ellos, a sus profesores y a sus familias a salir del atolladero en el que unos y otros nos hemos metido. Estos alumnos son malos alumnos, sí, pero son nuestros malos alumnos, nuestros familiares o nuestros vecinos, y forman parte de nosotros; de ahí nuestra responsabilidad colectiva con ellos.

CAPÍTULO 1

UN PROBLEMA VITAL

Las transformaciones sociales

Conseguir que los alumnos aprendan lo que la sociedad considera necesario en un momento histórico determinado es el objetivo principal de la institución educativa. Para ello, los poderes públicos elaboran un currículo, exigen una formación básica a los profesores, organizan el funcionamiento de las escuelas y establecen un nivel determinado de conocimientos que marca la diferencia entre los que pueden seguir estudiando y los que se quedan atrás o deben salir del sistema reglado. Existe, por tanto, una finalidad expresa del sistema educativo, la formación de todos los alumnos, y una finalidad inconfesada, la selección de los mejores. Quizá no sea del todo correcto hablar de la «selección de los mejores» y debería decirse «la exclusión de los peores». El sistema educativo va estableciendo una serie de filtros a lo largo de sus diferentes etapas que van dejando fuera a los menos capaces. Los demás alumnos, entre los que están los mejores, los bastante buenos, los regulares y algunos flojos, e in-

cluso otros con conocimientos escasos, continúan al nivel siguiente de estudios.

El eslabón más débil de este proceso es el constituido por los alumnos que se quedan fuera del sistema antes de terminar su educación obligatoria o que no son evaluados positivamente al término de la misma. Desde una situación precaria por su nivel de conocimientos y por la ausencia de la acreditación mínima han de vivir en la sociedad e intentar una vida feliz. Su situación les afecta a ellos, a sus familias, a sus profesores, a sus compañeros, al sistema educativo, al gasto educativo, al gasto social, al empleo, a la cohesión social. Su trayectoria personal está condicionada por el tipo de sociedad en la que les ha tocado vivir. Conocer los rasgos más característicos de la sociedad en la que nos encontramos puede ayudar a comprender las dificultades que viven aquellos alumnos con mayor riesgo de tener problemas en la escuela. Algunos de estos rasgos se exponen a continuación. Otros, los referidos a la situación de las familias, en el capítulo 7.

Sociedad y tecnologías de la comunicación

Tal vez la característica que mejor define la sociedad actual es la de cambio vertiginoso y permanente. El desarrollo económico, científico y tecnológico avanza de forma imparable y arrastra tras de sí profundos cambios sociales y culturales. Las transformaciones en el mercado laboral, los cambios en la familia, la presencia de la mujer en la sociedad y en el trabajo, los movimientos migratorios, la configuración de sociedades multiétnicas y la sofisticación de la violencia, y la globalización de la economía y de la información aproximan a todos los ciudadanos del mundo, aunque, paradójicamente, amplían también la brecha entre ellos.

El impacto de la presencia de las tecnologías de la información y de la comunicación en el proceso de enseñanza y aprendizaje es incuestionable. Los alumnos actuales, desde que nacen, están viviendo en una sociedad audiovisual e informatizada en la que la rapidez de la información, la capacidad de selección y el predominio del elemento visual están modificando los estilos de atención, el interés por los te-

mas y sus estrategias de aprendizaje. Los alumnos aprenden de otra manera.

La revolución tecnológica en la que vivimos no debe hacernos olvidar las profundas diferencias y desigualdades que existen en el mundo. Los datos que proporciona Harter (2000) [1] son más elocuentes que una extensa disertación. Si la población de la Tierra al final del siglo XX se concentrara en un pueblo de sólo 100 habitantes, permaneciendo idénticas todas las proporciones de la humanidad actual, veríamos algo parecido a lo siguiente:

— 57 personas serían asiáticas; 21, europeas; 14, del hemisferio oeste, tanto del norte como del sur; 8, africanas.
— 52 serían mujeres; 48 serían hombres.
— 70 serían no blancos; 30 serían blancos.
— 70 serían no cristianos; 30 serían cristianos.
— 89 serían heterosexuales; 11 serían homosexuales.
— 6 personas poseerían el 59% de la riqueza mundial y las 6 serían de EE.UU.
— 80 vivirían en casas por debajo del nivel mínimo.
— 70 serían incapaces de leer.
— 50 sufrirían de malnutrición.
— 1 estaría próxima a morir; 1 estaría próxima a nacer.
— 1 tendría educación universitaria.
— 1 tendría ordenador.

Los datos de Harter no son estáticos, sino que se modifican a lo largo del tiempo. Desgraciadamente, las tendencias que marcan las últimas décadas son negativas en relación con el criterio de igualdad: las diferencias entre los que tienen y los que no tienen se acentúan cada vez más. Las posibilidades de acceso a la educación establecen una de las principales barreras entre los que van a disfrutar de los bienes disponibles y los que van a quedarse fuera.

[1] P. M. Harter (2000): «Earth's population», citado en R. B. Bieler: *Disability Word (International News: Inclusion and Universal Cooperation,* www.disabilityworld.org/April-May2000/IntntalNews/inclusion.html).

Los jóvenes

Las experiencias vitales de los adolescentes se están modificando con enorme rapidez al compás de las transformaciones sociales. La estructura de las relaciones familiares, los modelos de referencia que percibe, la igualdad entre los géneros, el relativismo moral y la permisividad, las nuevas formas de comunicación y de información, las transformaciones culturales, la difícil transición al trabajo, a la vivienda y a la independencia, el escepticismo ante el futuro y la pasión por el presente, la desconfianza en las instituciones sociales y la confianza en la familia y en los allegados, son algunos de los rasgos que ayudan a comprender la situación de los jóvenes en España. Los estudios sociológicos sobre los jóvenes españoles (Comas, 2003 [2]) destacan que se mantiene el ideal de seguridad bajo la influencia de la familia, lo que contrasta abiertamente con otras encuestas europeas. Se socializa a los jóvenes en la prioridad de la seguridad y la protección, mientras que en otros países europeos se pone en primer plano la autonomía y la experiencia de riesgo, si bien se manifiesta ya un cambio hacia el modelo europeo.

La permisividad de los adolescentes, su valoración de la familia y la desconfianza en las instituciones sociales se confirma en una encuesta realizada en 2002 sobre los valores de los jóvenes [3]. Sus respuestas a dos preguntas son representativas de estas actitudes. El 81,5% de los jóvenes considera que las relaciones sexuales deben de ser libres, el 90,7% confía en su familia y menos del 25% lo hace en el Ejército, la Iglesia, el Parlamento y los partidos políticos (véase figura 1.1).

Kennedy (2001) [4] ha resumido de forma concisa las características del entorno social en el que se desenvuelven los jóvenes: los problemas de transición al trabajo, los condicionantes de la educación, la

[2] Comas, D. (coord.) (2003): «Jóvenes y estilos de vida», *Valores y riesgos en los jóvenes urbanos*. Madrid: FAD e INJUVE.

[3] A. Marchesi y R. Lucena (2002): *Los valores de los jóvenes*. Madrid: Fundación Hogar del Empleado.

[4] K. J. Kennedy (2001): «A new century and the challenges it brings for young people: how might schools support youth in the future?», en *Schooling for tomorrow. What schools for the future*?, París: OCDE.

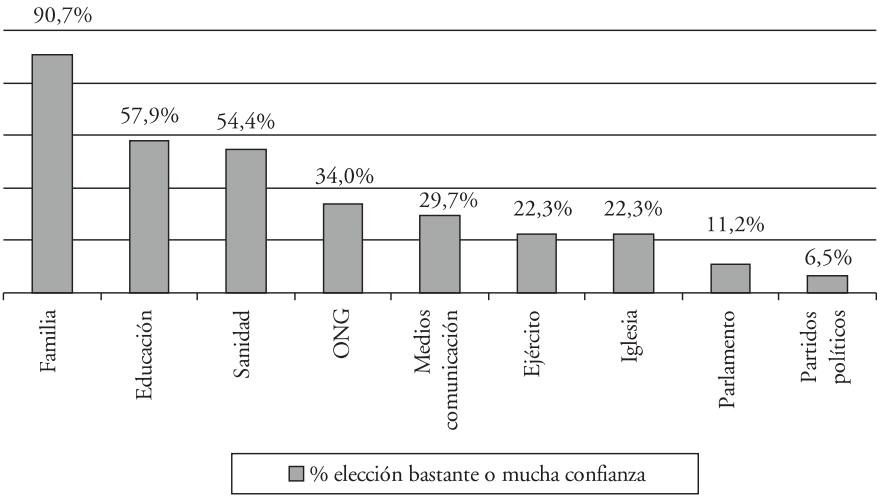

Figura 1.1. Confianza de los alumnos de secundaria en las siguientes instituciones

dificultad de predecir el mercado de trabajo, la turbulencia del ambiente social y las iniciativas propias de los jóvenes (véase cuadro 1.1).

La inmigración

La sociedad española está viviendo un profundo cambio en sus valores y en sus costumbres por la creciente presencia de un amplio colectivo de inmigrantes. Atraídos por la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida, personas y familias enteras se han trasladado a vivir a nuestro país, huyendo de su mísera o difícil situación, con la confianza de encontrar la anhelada recompensa en forma de trabajo y de salario digno. Ocurre ahora lo que ha sucedido en otras épocas no tan lejanas en la mayoría de los países de nuestro entorno y en las que los propios españoles formábamos parte de aquellos que buscaban una vida mejor fuera de sus fronteras.

La presencia de las personas inmigrantes plantea una situación nueva en la homogénea sociedad española, que ha de adaptarse e in-

CUADRO 1.1. Características del paisaje de la juventud

1. Transición más tardía al trabajo y a la edad adulta	Los jóvenes dedican más tiempo a la formación por lo que extienden el periodo de dependencia de los padres y retrasan la entrada en el mercado de trabajo.
2. Los condicionantes de la educación	La educación es necesaria, pero no suficiente para el éxito futuro. Las cualificaciones no garantizan un curso vital tranquilo pero sin ellas se hace muy problemático.
3. El mercado laboral será impredecible	El desempleo durante algún tiempo será una característica en la vida de la gente. Llegar a asentarse en el mercado de trabajo será fundamental pero difícil.
4. La turbulencia del ambiente social	Los problemas de adaptación de los jóvenes se incrementan, especialmente para aquellos en situación de riesgo de fracaso escolar.
5. La iniciativa de los jóvenes	Los jóvenes tendrán más dificultades en el futuro. Desarrollar su capacidad para impulsar proyectos individuales y colectivos puede ser una estrategia útil para enfrentarse a esas dificultades.

tegrar prácticas religiosas, creencias, formas de relación y sistemas de comunicación que eran, hasta hace escaso tiempo, muy minoritarios entre nosotros. Lo mismo sucede en el ámbito educativo, a cuyos centros deben incorporarse los niños y jóvenes recién llegados. Las dificultades que se plantean son enormes, sobre todo cuando existen claras diferencias lingüísticas y culturales entre unos colectivos y otros.

El fenómeno de la inmigración provoca en los países receptores un sinfín de interrogantes de difícil respuesta: ¿Deben existir barreras para la inmigración? Y, si es así, ¿cuáles? ¿Han de adaptarse los inmigrantes a la sociedad que les acoge o también la sociedad receptora tiene que transformarse? ¿Hasta dónde debe llegar el respeto a las costumbres de los nuevos ciudadanos? ¿Qué significa una sociedad y una educación intercultural y qué compromisos conlleva?

Las tensiones de la educación

La educación no puede permanecer alejada de los cambios y de los problemas que se están produciendo en la sociedad. Más bien está inmersa en ellos, pero se ve arrastrada a hacerles frente con una estructura y unos medios más propios de épocas pasadas. Es normal, por ello, que la educación se vea sometida a profundas tensiones. De todas formas, hay que reconocer que las dificultades del sistema educativo no proceden sólo de las exigencias actuales y de los cambios sociales, sino, en gran medida, de sus propias contradicciones que, sin duda, se hacen más visibles e incluso se agudizan en el momento actual.

Exigencia social frente a necesidades del alumno

Posiblemente el dilema más importante al que se enfrenta la educación en relación con los alumnos con dificultades de aprendizaje se puede resumir en la siguiente alternativa:

> Si atendemos los ritmos propios de cada alumno y les evaluamos en función de ellos, tal vez no aseguremos el control que la sociedad exige sobre el nivel admitido para certificar el conocimiento de los alumnos.
>
> Si, por el contrario, aplicamos una norma común para la acreditación de los conocimientos de los alumnos, posiblemente no hacemos justicia a las diferencias entre ellos.

El libro de Olson (2003), *Psychological theory and educational reform*[5] analiza con detalle esta contradicción y la sitúa en el marco de dos objetivos de la escuela que no es sencillo conciliar: las demandas de la sociedad y las necesidades de los alumnos. Las escuelas son instituciones que deben asegurar la transmisión a las nuevas generaciones de los conocimientos y valores culturales y científicos acumulados por la sociedad. Pero al mismo tiempo, y de forma más acusada en los años recientes, la escuela está recibiendo el mandato de ser un instrumento

[5] D. R. Olson (2003): *Psychological theory and educational reform*. Cambridge: Cambridge University Press.

para cuidar del desarrollo de sus alumnos y contribuir a la satisfacción de sus necesidades subjetivas, a su bienestar y a la regulación de su comportamiento moral. La integración de ambas demandas genera una tensión permanente. Cuando la educación apuesta por el cumplimiento de su misión social, entramos en el mensaje de los sectores conservadores que priman la exigencia, el esfuerzo, el aprendizaje de lo establecido, las normas comunes y la acreditación rigurosa. Cuando la educación apuesta por responder a las necesidades de los alumnos, nos adentramos en el territorio de los progresistas y reformadores de la educación, donde se destaca el interés de los alumnos, su desarrollo afectivo y social, el aprendizaje significativo, la atención a las diferencias individuales y la referencia continua a la situación específica del alumnado. Los primeros tienden a olvidar al alumno; los segundos, las exigencias sociales.

La evaluación de los alumnos

La evaluación de los alumnos es la acción educativa paradigmática de este conflicto. Por una parte, los profesores deben valorar si el nivel de conocimientos de los alumnos alcanza el que ha sido establecido para acceder a un nuevo curso u obtener finalmente la titulación correspondiente. Por otra, los profesores han de realizar su evaluación teniendo en cuenta la situación personal del alumno y sus progresos individuales y deben orientarla a mejorar la acción educativa y los aprendizajes de los alumnos. La función social y pedagógica de la evaluación (Coll y Onrubia, 1999[6]; Marchesi y Martín, 1998[7]) reflejan de forma clara la tensión entre los objetivos de la institución escolar y sus objetivos al servicio de las necesidades de los alumnos.

[6] Coll, C. y Onrubia, J. (1999): «Evaluación de los aprendizajes y atención a la diversidad», en C. Coll (coord.): *Psicología de la instrucción: la enseñanza y el aprendizaje en la educación secundaria*. Barcelona: ICE/Horsori.

[7] A. Marchesi y E. Martín (1998): *Calidad de la enseñanza en tiempos de cambio*. Madrid: Alianza Editorial.

EVALUACIÓN Y FRACASO ESCOLAR

Elena Martín
Universidad Autónoma de Madrid

¿La evaluación ayuda a prevenir el fracaso escolar o es uno de los elementos que contribuye a su existencia? Como en el caso de otros muchos procesos educativos, la respuesta es: depende. Según para qué y cómo evaluemos, la evaluación puede ser una de las herramientas más potentes para ajustar la enseñanza a la diversidad de cada alumno o alumna y para hacerle sentirse competente o, por el contrario, puede convertirse en la gota que va horadando poco a poco la imagen que los profesores construyen de determinados estudiantes y con ello la confianza de éstos en sí mismos.

De las múltiples relaciones que existen entre evaluación y fracaso escolar, quiero destacar sólo las dos que me parecen más importantes. La primera se refiere a la contribución que desde la evaluación se puede y se debe hacer al objetivo fundamental de la educación: ayudar a que los alumnos aprendan a aprender. Los estudiantes que no consiguen hacerse progresivamente con las riendas de su propio proceso de aprendizaje tienen un riesgo mucho mayor de fracasar en la escuela. Hacer partícipes a los alumnos de los objetivos que se persiguen en cada tema, ayudarles a tomar conciencia de las ideas que ya tienen al respecto, analizar los procesos y no sólo los resultados del aprendizaje y utilizar la autoevaluación y coevaluación son algunas de las claves de esta función autorreguladora de la evaluación.

La segunda relación es aún más importante: la manera en la que consciente o inconscientemente hacemos ver a los alumnos las causas a las que atribuimos sus éxitos o fracasos, que va construyendo en ellos a su vez su percepción de competencia o incompetencia como aprendices. «¿Esto lo has hecho tú? ¡Qué bien está!», comentaba con sorpresa la profe a Lucía agarrándola cariñosamente por los hombros; «Cuando decidas dedicarle tiempo a la asignatura, cuenta conmigo. Mientras sigas así, no hay mucho más que hacer», explicaba el profe a Juan al devolverle su examen suspenso. Estas dos situaciones reflejan atribuciones muy distintas. En el primer caso, la profesora envía un mensaje a Lucía de que considera que sus capacidades son limitadas, una supuesta causa en la que ella poco puede hacer. El profesor de Juan, por el contrario, le hace ver que superar su fracaso depende de él, de que decida aprender y sacar partido de la ayuda que está dispuesto a darle.

La comparación constante con los compañeros va minando la autoestima de los alumnos y alumnas con dificultades de aprendizaje. En pocas palabras, no hay confianza en uno mismo que aguante años de verse el último en la lista de turno, a pesar de que con respecto a lo que se sabía antes se haya avanzado. Es comprensible que a veces, como mecanismo de defensa, se acabe desvalorizando aquello que te devuelve siempre una imagen de fracasado.

Resulta complicado reconciliar ambas dinámicas y perspectivas, pero es importante lograrlo para hacer frente con mayores garantías de éxito a la situación de los alumnos con dificultades de aprendizaje. Para ello, es preciso avanzar por varios senderos convergentes: el de la autonomía, el del currículo diverso, el de la participación, el de la negociación de las normas y de los planes conjuntos, el de las condiciones de la enseñanza y el de la responsabilidad profesional. Unos breves comentarios sobre cada uno de estos caminos permitirán una mejor comprensión inicial de los mismos. Después, a lo largo de los diferentes capítulos, y especialmente en el último, trataré de plantear cómo se pueden llevar a la práctica.

Participación y conversación

La participación de los alumnos, que implica otorgarles autonomía para expresarse y para colaborar en la gestión de los temas que les afectan, es asimismo una estrategia necesaria. La participación, como la autonomía, supone también confianza y respeto. Es una llamada a la responsabilidad y a interesarse por los asuntos que les competen. La ausencia de participación favorece el distanciamiento de los objetivos escolares y el incremento del desinterés por los temas comunes.

La participación de los alumnos es el correlato necesario de la autonomía de los centros y de los profesores. Desde ambas situaciones es preciso que unos y otros se encuentren y dialoguen para encontrar un significado conjunto a la acción educativa. Este objetivo se extiende desde las normas que se establecen en la escuela y las sanciones por su incumplimiento hasta los contenidos del aprendizaje y los criterios de evaluación. El propósito de establecer intenciones compartidas supone buscar un marco común de referencias entre el profesor y el alumno. En este proceso, el profesor debe salir al encuentro de los alumnos —de sus conocimientos previos, de sus valores, de sus expectativas y de sus debilidades— y los alumnos han de comprender también cuáles son los objetivos de la escuela y de sus profesores en relación con la enseñanza, el aprendizaje y la evaluación.

La enseñanza y el aprendizaje en la escuela adquieren, por tanto, el carácter de una conversación permanente con algunos rasgos específi-